



LA CULTURA MAPUCHE Y EL SENTIDO DE UNIÓN CON LA TIERRA Y EL ENTORNO ECOLÓGICO DE SUS ANCESTROS, EN LA NOVELA Y EL CUENTO CHILENOS

Laura Chuaqui Numan

Como tantas otras culturas de América Latina, la cultura mapuche ha sido desplazada, postergada y ridiculizada.

Los integrantes del pueblo mapuche viven en una situación precaria, ya no solamente de pobreza sino de extrema pobreza. Siendo culturas originarias, poco se ha hecho por protegerlas y sacarlas de su situación de abandono y de discriminación.

Revisando la literatura de los autores del Movimiento Indigenista de América Latina, que surgieron justamente como una preocupación por el rescate de los valores de las culturas originarias de nuestro continente, podemos apreciar que con respecto a las culturas maya, azteca e inca, se ha hecho muchísimo más que por nuestros mapuches y las otras etnias originarias chilenas. (Como el pueblo aymará, por ejemplo, también postergado).

Escritores como el peruano Ciro Alegría y José María Arguedas, el guatemalteco Miguel Ángel Asturias, la mexicana Rosario Castellanos, el cubano Alejo Carpentier y muchos más, pusieron el dedo en la llaga al comenzar a escribir en sus temáticas sobre el indígena latinoamericano, hasta ese momento un sector mudo de la sociedad. Pintores como el ecuatoriano Oswaldo Guayasamín, los mexicanos Diego Rivera, David Alfaro Siqueiros y Clemente Orozco, también pertenecientes al Movimiento Indigenista, se preocuparon fundamentalmente en sus temáticas de destacar y exaltar la problemática indigenista.

Afortunadamente, es posible encontrar escritores chilenos que han tratado en sus novelas y cuentos la problemática mapuche, durante todo el siglo XX, tanto escritores de hasta los años 60, como los de los últimos treinta años, vale decir de las décadas de los 70, 80 y 90.

Así es como se puede citar entre los primeros a Mariano Latorre en su libro *Mapu* con sus cuentos “La cola de L’escuro”; “El yerno de Marinao”; “La miel del rico”; “Marimán y el cazador de hombres”; “La vaquilla de Huenchulif”; y “La misa del padre Wilfrido”; a Reinaldo Lomboy con su novela *Ránquil. La novela de la tierra*; a Daniel Belmar con *Evocación de Temuco*; a Baldomero Lillo con su cuento “Quilapán”.

En el caso de los escritores chilenos de los últimos treinta años se puede citar a Saúl Schkolnik con su novela *Guakolda y Lautaro*; Eduardo Labarca con su novela *Butamalón*; Patricio Manns con su novela *Actas del Alto Bío-Bío*; y a Jorge Guzmán con su novela *Ay mama Inés*, crónica testimonial.

Para el indígena latinoamericano en general y para el mapuche en particular, la tierra constituye algo sagrado. Es su madre, la Pachamama en el caso de la cultura incaica, la ranguinwenu, en el caso de la cultura mapuche. Para el mapuche la tierra es sinónimo de vida, regazo materno, hogar, sustento diario, y jamás se la verá como un objeto de explotación y de

intercambio mercantilista sino que se la hará producir únicamente para calmar el hambre cotidiana.

A través de la revisión que se hace en la literatura de América Latina, fundamentalmente en el Movimiento Indigenista por el rescate de los valores de las culturas originarias, se resalta el respeto y el amor por la tierra y la naturaleza. Se le reconoce al indígena una mayor adaptación al entorno ecológico, de tal manera que plantas, animales y ríos, lagos y montañas pasan a ser objetos sagrados para ellos. Esto se corrobora al revisar la literatura chilena con respecto al mapuche. A continuación se mencionan algunos ejemplos.

“Ahí ante ellos estaba esa tierra que habían de arrancar a las rocas, disputar a la propia cordillera. Se le había recogido el corazón al muchachito al divisar el rancho, tan pequeño frente a los cerros inmensos. Ni vegas ni potreros: árboles, más árboles, piñoneros aislados, confusión de quilas, rocas híspidas, riscos, tierra baldía de plantas amigas, buena ni para las cabras pero de ellos. Tierra propia, para vencerla y hacerla rendir” (Reinaldo Lomboy, *Ránquil. La novela de la tierra*, p. 19. Primera parte: Raíz en la tierra).

“Es verdad, y es en esa anchura –estrecha ya– de nuestros espacios lo que defendemos. Aquí ha muerto gente tanto por un palmo de luz como por una pulgada de tierra. Cuando se ama la tierra, se ama lo que la ilumina y lo que la oscurece. Se ama lo que la riega. Uno es perfectamente capaz de morir para que el arroyo más pequeño siga su viejo curso, para que la hojarasca alimenticia que cae volteada por los otoños y se pudre en beneficio del bosque, repita su caída de siglo en siglo. Es por lo bien amado que se muere sonrisa en ristre” (Patricio Manns, *Actas del Alto Bío*, p. 337).

“... a la vista de la cerca derruida, de las hierbas y malezas que cubren la hijuela, acuden a su memoria los incidentes y escaramuzas de la guerra que sostiene con el patrón, el opulento dueño del fundo, para conservar aquel último resto de la heredad de sus mayores. ¡Qué asaltos ha tenido que resistir! ¡Cuántos medios de seducción, qué intrigas y de asechanzas para arrancarle una promesa de venta! Pero todo se ha estrellado en su tenaz negativa para deshacerse de ese pedazo de tierra que vio la luz, donde el sol a la hora de la siesta tuesta la curtida piel, y desde el cual la vista descubre tan bellos y vastos horizontes. ¡Vender, enajenar!... ¡Eso nunca! Pues mientras el dinero se va sin dejar rastro, la tierra es eterna, jamás nos abandona, como madre amorosa nos sustenta sobre sí en la vida y abre sus entrañas para recibimos en ellas cuando se llega la muerte. Y aquel asedio del que era víctima no hacía sino acrecentar su cariño por el terruño cuya posesión le era más cara que sus mujeres, que sus hijos, que su existencia misma” (Baldomero Lillo, “Quilapán”, en *Sub-Sole*, pp. 120-121).

“Un hombre de la tierra. No un amo, no un siervo. ¡No! El mapuche es la tierra y la tierra es el mapuche. Ambos conforman una unidad libre e inseparable. La tierra es la madre proveedora, es quien otorga el sustento, es bella y permanente es el sol y la lluvia abundosa. La tierra es el padre, la fuerza, la libertad, el poder, es el viento furioso y el calor agobiante. La tierra es el nacimiento y es la muerte, el destino inevitable, el lugar de los cuerpos que mueren.

Y el mapuche le da sentido a esa tierra, le da vida, le confiere un alma, la satura de dioses y fantasmas” (Saúl Schkolnik, *Guakolda y Lautaro*, p. 100).

“El mapu no fue para los indios la patria, la amplitud colectiva de la nacionalidad. Mapu tenía una significación más estrecha. Era la tierra de un grupo de tribus, con sus heredados tótemes y un mismo paisaje. Los aillerehues y vutanmapus o mapus grandes, nacieron con la conquista y por la necesidad de la defensa. Pasado el vendaval de la guerra, volvían las tribus a sus mapus como las aguas a sus límites naturales, después de la inundación. Invariable paisaje sureño, vivo hasta hoy en gran parte: el mismo río de los abuelos, un bosque igual e idéntico muro de cerros, encapuchados de nieve. He aquí la decoración del mapu. Pero la piedra, dormida a la margen de los lagos y de los ríos, el canto de los arroyos, el grito de los pájaros...las reanimó el indio, proyectando en ellas la poesía de su alma...” (Mariano Latorre, *Mapu*, p. 19).

BIBLIOGRAFÍA

- Antillanca, Ariel y Loncón, César (1998): *Entre el mito y la realidad. El pueblo mapuche en la literatura chilena*. Asociación Mapuche Xawun Ruka. Santiago, LOM.
- Belmar, Daniel (1962): *Evocación de Temuco*. Universidad de Concepción.
- Guzmán, Jorge (1994): *Ay mama Inés*. Santiago, Andrés Bello.
- Labarca, Eduardo (1997): *Butamalón*. Santiago, Universitaria, Fondo de Cultura Económica.
- Latorre, Mariano (1942): *Mapu*. Santiago, Orbe.
- Lillo, Baldomero (1995): “Quilapán” en *Antología de Baldomero Lillo*. Santiago, Zig-Zag.
- Lomboy, Reinaldo (1966): *Ránquil. La novela de la tierra*. Santiago, Orbe.
- Manns, Patricio (1988): *Actas del Alto Bío-Bío*. Ediciones Michay. Editado en Chile por Versión Libre.
- Schkolnik, Saúl (1997): *Guakolda y Lautaro*. Santiago, Editorial Pehuén.